
MISIONES CULTURALES MEXICANAS. 70 AÑOS DE HISTORIA

Jorge Tinajero Bernueta

I. INTRODUCCIÓN

Hablar de las Misiones Culturales Mexicanas es tomar un hilo conductor que atraviesa varias décadas de labor educativa en este país. Su relación con la educación de adultos, como proyecto que se ha ido construyendo históricamente, tiene significado en tanto ha sido una fuente de inspiración teórica y práctica para modelos, que si bien no toman el carácter propiamente de las misiones culturales, sí retornan su espíritu y su sabiduría.

Misiones Culturales es una labor educativa, fruto de la historia de la formación del México del siglo XX, de ahí su especificidad y originalidad. En estas páginas haremos un breve recorrido por los momentos que consideramos más significativos de la larga trayectoria del Programa de Misiones Culturales, y trataremos de plasmar aquellas situaciones históricas y momentos políticos que han inspirado las diferentes modalidades de trabajo de las Misiones. Sirva este artículo como reconocimiento a esa labor educativa, que a 70 años de su inicio sigue colaborando en la educación de los más necesitados.

II. POR DÓNDE EMPEZARON

Las Misiones Culturales y la alfabetización

«Tierra y Escuelas»

Grito revolucionario en 1910

El año de 1921 marca un momento muy importante en la historia de México: terminaba la revolución armada que se inició en 1910

en contra del dictador Porfirio Díaz, y el país se echaba a cuestras la reconstrucción nacional, se anunciaba el nacimiento de una nueva sociedad. La Revolución

puso en libertad energías largo tiempo contenidas y provocó un renacimiento político, social, económico e intelectual[...] Cuando la larga lucha terminó, en 1920, la demanda popular de escuelas estaba tan profundamente arraigada que el Gobierno se sintió obligado a hacer algo por la educación (Hughes, 1951: 9-10).

El primer Secretario de Educación Pública de México fue don José Vasconcelos (1921). En su trabajo en favor de la educación del país inició la primera campaña contra el analfabetismo, instaló las escuelas rurales y nombró los primeros misioneros.

El campo mexicano se encontraba abandonado, la lucha armada había diezmado a la población, y la guerra terminó con la infraestructura económica. Para entonces los ideales revolucionarios del reparto agrario y la justicia social estaban lejos de hacerse realidad. Abandono, tristeza y hambre eran comunes en las comunidades rurales, mestizas e indígenas. Situación poco propicia para fundar escuelas y encontrar maestros que ayudaran a la gran labor de reconstrucción y a mejorar las condiciones de vida de miles de campesinos pobres en todo el país.

El primer problema con que hubieran de enfrentarse los encargados de la educación en el período posrevolucionario fue el de la selección y formación de maestros rurales, y el segundo, íntimamente relacionado con aquél, fue decidir qué era lo que habían de enseñar. Para resolver ambos problemas y poder llevar la educación a las regiones rurales se redactó el programa de las misiones culturales (Hughes, 1951: 11).

III. EL MISIONERO Y SU MISIÓN

Investigador, maestro, y trabajador

Las primeras actividades misioneras en 1921 fueron ambulantes y llevadas a cabo por seis misioneros; 1922 iniciaba con sólo 77

de ellos y 100 maestros, cuando las necesidades del país demandaban elevar el número de misioneros a 300 y se requerían 20 000 maestros, recursos humanos muy numerosos que era necesario destinar para lo que en ese entonces se empezaba a considerar como un problema social prioritario: la educación.

El misionero fue un tipo de maestro cuya primera labor era visitar los centros rurales y en forma especial las comunidades indígenas, de estas visitas rendían informes a las autoridades educativas y trataba de reclutar maestros rurales para destinarlos a las poblaciones más necesitadas.

Las Misiones Culturales fueron fundadas oficialmente en octubre de 1923, por el Presidente General Álvaro Obregón (Sierra, 1973 y Gámez, 1993), siendo el primer Jefe de Misión el distinguido profesor Rafael Ramírez.

En aquel entonces se estimó que un maestro misionero debería tener conocimientos amplios sobre las condiciones de vida de la población, dominar el idioma nativo de la región y tener conocimientos pedagógicos suficientes para capacitar y entrenar adecuadamente a los maestros que reclutaran

la escuela rural no podrá llenar su misión educativa si los maestros no basan su enseñanza en los trabajos manuales, tales como el cultivo de la tierra y las variadas pequeñas industrias y ocupaciones que se derivan de la agricultura; si los maestros no aprovechan las aptitudes de los niños, encauzándolas convenientemente para procurar hábitos de cooperación y de trabajo, y si los maestros no llegan a entender cuál es la verdadera misión de la escuela de los campos y aldeas, que no es otra que la de conseguir para la vida rural un ambiente de mayor comodidad y de mayor progreso (Lucas Ortiz. Conclusiones de la reunión de maestros federales).

IV. EL CAMINAR DE LAS MISIONES

Impulsar la Escuela Rural Mexicana

Don Lucas Ortiz Benítez, primer Director del CREFAL, anotó en su informe sobre las Misiones Culturales: «La historia de las Mi-

siones Culturales está ligada a la historia de la Escuela Rural Mexicana» (1952: 1). En efecto, el Programa de Misiones Culturales vino a sumarse al extraordinario desarrollo que tuvo la escuela rural en México, como lo muestra el formidable crecimiento en el número de escuelas, maestros y alumnos entre los años de 1923 a 1938. «El número de Misiones Culturales aumentó de 1 a 18; el de misioneros de 7 a 150; el de maestros rurales de 876 a 17 047; el de alumnos matriculados, de 50 000 a 623 432 y el de personas que asistieron a las escuelas normales patrocinadas por las misiones culturales, de 147 a más de 4 000» (Hughes, 1951: 15). Cabe mencionar que esto se debió en buena parte a los esfuerzos de los misioneros quienes, en general, sólo contaban con su salario, bastante magro por cierto, y el apoyo que pudieran lograr de las comunidades con las que trabajaban. En 1923 las autoridades educativas y el Gobierno determinan que cada escuela debe ser dotada de un huerto escolar y se establece la acción como base para el trabajo. Es en este tiempo cuando surge la llamada «casa del pueblo» y el 17 de octubre de ese año se expide el «Plan de las Misiones Federales de Educación», como una respuesta a la necesidad de reunir los elementos dispersos que venían trabajando por mejorar las condiciones de la educación para el pueblo.

[La] Casa del pueblo, como tipo de Escuela Rural, quiere decir: la escuela para la comunidad y la comunidad para la escuela, es decir, una fusión de intereses educativos y sociales. La casa del pueblo era construida por los vecinos a iniciativa de los misioneros, y se dejaba al maestro rural que la haría vivir en armonía con el vecindario (Ortiz, 1952: 2).

En ese mismo año se reunieron 147 maestros bajo la dirección de la primera misión cultural en Zacualtipán, estado de Hidalgo. «Los maestros recibieron clases de Educación Rural, Jabonería, Curtiduría, Agricultura, Canciones y Educación Física» (Ibid.). Pero la comunidad no quiso quedar fuera de estos cursos que los misioneros impartieron, por lo que sin haberlo contemplado previamente, se le asignó a la misión la atención directa a la comunidad.

En 1925 la Secretaría de Educación Pública declaraba:

Se ha dado el nombre de Misión Cultural a un cuerpo docente de carácter transitorio que desarrolla una labor educativa en cursos breves para maestros y particulares. Cada misión será una escuela ambulante que se instalará temporalmente en los centros de población en que predominen los indígenas, ocupándose en el mejoramiento profesional de los maestros, en ejercer influencia civilizadora sobre los habitantes de la región, despertando interés por el trabajo, creando capacidad necesaria para explotar oficios y artes industriales que mejoren su situación, enseñando a utilizar los recursos locales e incorporándoles lenta pero firmemente a nuestra civilización.

Los maestros formados a través de las Misiones Culturales carecían frecuentemente de base profesional, pero la suplieron con su ardiente celo por transformar sus comunidades mediante el trabajo y la acción. Fue por esta razón que se organizaron frecuentemente los llamados «Institutos».

1926 señala la iniciación del florecimiento de las Misiones Culturales, pues en esa época se establece la Dirección de Misiones, y al año siguiente se realizaron los primeros cursos de perfeccionamiento especiales para misioneros. Para cada grupo hubo clases determinadas. Al concluir estos cursos recibieron los misioneros un pliego de instrucciones entre las cuales había un párrafo destinado a señalar cómo emplear la biblioteca ambulante y los equipos de carpintería e industrias. El instructivo fijaba, asimismo, 21 días de duración para las reuniones de los maestros rurales. Desde entonces se llamó Institutos a las concentraciones de maestros dirigidas por las misiones (Ibid.).

Llevar a cabo un instituto requería varios trabajos previos, que incluían actividades de investigación sobre la situación, las necesidades y problemas de todos los maestros. Por otra parte, un inspector se encargaba de hacer una minuciosa exploración de los problemas de orden social, económico y material que afectaba a la región, con la finalidad de que los misioneros fueran en sus actividades más eficaces y acertados.

Comenta Ortiz, en el mismo documento, que durante las concentraciones de maestros los misioneros habrán de investi-

gar por todos los medios posibles las necesidades de las escuelas y de los poblados de la región donde vaya a operar cada maestro al frente de su escuela.

Los misioneros normaban su labor de acuerdo con una serie de sugerencias encaminadas a favorecer que se establecieran nexos con las comunidades para que la actividad social del misionero procurara allanar las diferencias que perjudicaran el interés colectivo.

Estos lineamientos también buscaban que las escuelas atendidas por las misiones fueran provistas, en lo posible, de lo necesario en cuanto a obras y equipamiento, así como del mejoramiento y cooperación pedagógica, a fin de fomentar la cultura de los maestros.

Los misioneros organizaban, en algunas ocasiones, festivales y concursos que tenían la finalidad de mostrar a las comunidades y maestros los avances en las actividades de la misión. Labor importante que se señalaba a los miembros de la misión era la de atender también al mejoramiento de las comunidades, dando preferencia a las condiciones de salubridad y a los problemas económicos y procurando promover la solución.

Alfonso Fabila describía así a las Misiones Culturales:

[...] son escuelas sin muros, cuyos límites están marcados por las comunidades de un distrito y sus habitantes, cuyos lugares de formación son los campos mismos, los talleres y los hogares (lugares todos donde existen problemas humanos), y que se hallan situados preferentemente entre quienes más necesitan de ellas [...] El propósito que persiguen no es crear profesionales ni trabajadores expertos, sino ciudadanos capaces de mejorar las condiciones de vida en sus hogares y en la sociedad (Hughes, 1951).

Los gobiernos emanados de la Revolución consideraban que el asunto educativo no se agotaba en dotar al país de escuelas donde se enseñaran las primeras letras, concepción que había sido utilizada por el régimen que la Revolución había derrotado. La escuela debía encarar los retos del progreso y buscar la felicidad del pueblo desde el hogar y la familia.

En 1928 la Secretaría de Educación Pública hizo algunas observaciones a las Misiones Culturales con el propósito de obtener mejores resultados en el campo de la educación rural. Dichas recomendaciones se refirieron a la ampliación de los institutos de preparación de los maestros a un mes; también se recomendaba que se dieran cursos por correspondencia para que se reforzara el conocimiento; importante fue la recomendación de que se hiciera una más adecuada selección de los maestros de agricultura e industrias para que éstos fueran expertos en los cultivos e industrias nativas de la región.

En ese mismo año, por primera vez se creó una comisión interinstitucional de apoyo al mejoramiento comunal con la participación de la Secretaría de Agricultura y Fomento; el Departamento de Salubridad y la Secretaría de Educación Pública, dicha comisión fue presidida por el gran educador Moisés Sáenz, entonces Subsecretario de Educación.

En los años de 1929 a 1933, dice Augusto Santiago (1973: 39), que el incremento de la educación se vuelve lento y a veces cruel y dramático. El panorama nacional se hace incierto y sombrío, los impactos sangrientos y destructores (del conflicto político-religioso llamado Guerra Cristera) los recibieron las inermes y aisladas escuelas rurales. Era la lucha por hacer válidos los preceptos constitucionales, entre ellos el derecho a la educación laica, progresista y con proyección social.

Durante 1933 y 1934, las Misiones Culturales quedaron adscritas a las Escuelas Normales Rurales y Centrales Agrícolas, por lo que la labor misionera se concentró en los maestros y comunidades que formaban la zona de influencia de dichas instituciones. Con el surgimiento de las Normales Rurales y posteriormente del Instituto Federal de Capacitación del Magisterio, la tarea de atención de las misiones a los maestros se va relegando para dedicarse a la atención de las comunidades.

Este período de fines de los años 20 y principios de los 30, está también marcado por la crisis económica mundial que, por supuesto, repercutió en México de manera importante y tanto más en los sectores rurales más pobres, de ahí la importancia

del trabajo de las misiones ligadas a la Escuela Rural Mexicana, sus instituciones y a las centrales campesinas.

V. EL DESARROLLO EDUCATIVO Y EL CARDENISMO

Los problemas de la década de los treinta

El período del gobierno federal, que inició sus labores en 1934, tuvo un especial significado histórico, ya que con el General Lázaro Cárdenas al frente del ejecutivo se alcanzaron importantes objetivos de justicia social y de desarrollo económico. Fue este gobierno el que estableció singulares guías para la educación del país. Se determina, por ejemplo, que la educación tienda hacia la escuela activa y utilitaria en que el niño y el adulto aprendan haciendo y encuentren en los conocimientos adquiridos los medios de subvenir a sus necesidades y de mejorar sus condiciones económicas; la educación debía buscar la elevación del nivel medio cultural de México con base en la educación de las grandes masas proletarias del campo y la ciudad, y se daría apoyo decidido a la «desanalfabetización» de las masas, especialmente las rurales.

Es la época de la educación socialista impartida por el Estado, educación laica que combate el fanatismo y todo tipo de prejuicios. En este lapso, que sacudió socialmente al país, la gente de las Misiones Culturales desempeñó un importante papel como organizadora y orientadora en los diversos aspectos de la política del régimen. Sin embargo, «Ante el empuje organizado de los maestros que con frecuencia iban más lejos que el propio gobierno, el Gral. Lázaro Cárdenas se vio obligado a suspender las Misiones Culturales en 1938, convertidas (sic) en brigadas de choque revolucionario» (Sierra, 1973). A este respecto no se encontró información que indicara con exactitud las causas y consecuencias de este hecho.

VI. SIGUIENDO EL CAMINO

De 1942 en adelante: un segundo aire

Hasta 1942 existió una relación muy estrecha, casi de unidad, entre las Misiones Culturales y la Escuela Rural Mexicana; relación que como hemos visto fue un impulsor fundamental para atender las enormes necesidades educativas de los indígenas y campesinos más pobres. Pero a partir de ese año, estos sistemas se separaron al restablecerse la actividad de las misiones como un programa extraescolar y de extensión. Sucede que el desarrollo de las instituciones educativas era ya muy importante, como en el caso de las normales, por ejemplo, lo que hacía necesario reorientar el trabajo misionero.

Para ello, se integraron diferentes tipos de grupos misioneros con diversas finalidades:

Misiones Culturales Rurales. Compuestas por un jefe de misión, que debía ser profesor normalista con cinco años de experiencia y con amplios conocimientos de la vida rural; le acompañaba una trabajadora de hogar, una enfermera y partera, un maestro de artes plásticas, un maestro de agricultura, otro más de albañilería, un mecánico y herrero y dos o más maestros de otros oficios e industrias.

Misiones especiales para obreros. Con un jefe, profesor normalista entendido de los asuntos propios de estos grupos; una trabajadora de hogar y un maestro operador de aparatos cinematográficos. Estas misiones volvían a atender problemas de tipo urbano y utilizaban el auge del cine como una herramienta pedagógica.

Misiones de capacitación docente. Formadas por un profesor normalista con cinco años de experiencia docente y enterado de la información pedagógica moderna; una educadora de párvulos graduada, un maestro de actividades recreativas, un maestro de música y canto, una trabajadora de hogar, un maestro de artes plásticas y un experto en mediciones mentales y pedagógicas.

En 1942, de manera permanente y sistemática, se reorganizaron los servicios de las Misiones Culturales para dirigir su acción educativa al mejoramiento integral de la comunidad, y a la capacitación de los maestros en servicio

Entre 1942 y 1947 se fundaron varias misiones culturales rurales y se suprimieron las misiones de capacitación. Es de hacerse notar que desde su creación el lugar donde con más fuerza se han desarrollado las Misiones Culturales es en el medio rural, donde éstas

han contribuido grandemente a superar el aislamiento físico y mental en que vive el campesino indio, dando al mismo tiempo a las comunidades rurales un sentido de interdependencia y relación con el resto de la población [...] han promovido la colaboración (entre aldeas) para resolver problemas comunes. También mediante la introducción de nuevos cultivos, han hecho de los campesinos mejores productores y consumidores dándoles mejores animales domésticos, mejores técnicas de producción y mejor régimen alimenticio (Huges, 1951: 67).

Sin embargo, durante estos años el trabajo de las misiones estuvo siempre sujeto a limitaciones y privaciones, ya que los sueldos de sus integrantes, generalmente bajos, aunado a las condiciones precarias de las comunidades aisladas, dejaban el trabajo a verdaderos misioneros, frecuentemente mal preparados para llevar a cabo la labor que de ellos se esperaba.

Otro punto débil de la actividad de las misiones en este período fue el tiempo de duración de los programas en las comunidades, ya que muchas veces se tenían inicios espectaculares con muchos logros y beneficios para la gente; pero cuando la misión se retiraba, el ánimo decaía y nada quedaba para restituirlo. Esto era el resultado de tratar de llevar a cabo trabajos que podrían durar años en unos cuantos meses. Por otra parte, para los años de 1942 y 1947 se dieron serios recortes presupuestales y de personal sin que se modificaran los amplios objetivos de las misiones.

En 1944 las misiones culturales quedaron vinculadas a la campaña nacional contra el analfabetismo establecida por ley en agosto de ese año. El problema del analfabetismo abarcaba en ese tiempo proporciones extraordinarias. Don Jaime Torres Bodet,

a la sazón Secretario de Educación Pública, advertía que en una tierra en donde únicamente la mitad de la población sabía leer y escribir y donde las necesidades de instrucción rebasaban de manera innegable los cauces de los sistemas educativos que los ingresos públicos autorizaban, quienes disfrutaban del privilegio de haber ido a la escuela, debían auxiliar al Estado en la tarea de salvar a la otra mitad de sus compatriotas, protegiéndola de los riesgos que implica la privación de los más elementales cursos de conocimiento y acción social (Santiago, 1973: 60).

¿Qué sería de la historia si no pudiera regalarnos algo de la vida de las personas y no sólo fechas y datos? Creemos que el trabajo de los misioneros, sus ideas, sus dificultades y sus luchas bien las podemos identificar en una anécdota que nos refiere Lloyd Hughes, observador de la UNESCO, en la que cuenta que El Prof. Bonilla, en algún tiempo jefe de misión, sostenía la teoría de que «los maestros nacen, no se hacen», que los maestros formados en las normales no se adaptan a las zonas rurales y que el saber que poseen es demasiado «Libresco»; para apoyar tal versión, narraba que un agricultor, llamado Matías, con algunos conocimientos de buenas y modernas técnicas de cultivo, aprendidas de un italiano, fue invitado a ser profesor de la misión. El nuevo maestro veía con desilusión que no tenía mucho éxito en su labor docente, por lo que el Prof. Bonilla le sugirió que comprara una pequeña granja, que criara en ella gallinas, cerdos, conejos, ovejas y pavos, y sembrara árboles y hortalizas; que abandonara su sistema de enseñar en clase; demostrara los métodos modernos de cultivo en su granja, y que emprendiese un recorrido por las granjas de los alrededores en las que haría demostraciones prácticas, a fin de convencer a los campesinos de la eficacia de sus métodos. Matías aceptó el consejo y pronto se convirtió en el mejor misionero agrícola del servicio, aunque apenas sabía leer y escribir.

VII. EDUCACIÓN FUNDAMENTAL Y MISIONES CULTURALES. TODA UNA ÉPOCA

Después de transitar por más de 20 años de historia, las Misiones Culturales vuelven a florecer. Será porque aún no desaparecen del panorama social y económico de México aquellos problemas y desigualdades que las justifican, será por el enconado esfuerzo de los maestros de no permitir que dejen de existir.

El ambiente mundial ha cambiado, el mundo ha tenido que sufrir la pesadilla de la Segunda Guerra Mundial; México, deseoso de continuar con su labor educativa, lleva adelante los cambios y reformas necesarias para acabar con los rezagos educativos y atender a las regiones más necesitadas.

[En] 1947, por Decreto Presidencial, se constituyó la Dirección General de Alfabetización y Educación Extraescolar, a la que se adscribieron las misiones culturales con función específica de agencias de educación extraescolar, ya con la finalidad exclusiva de procurar el mejoramiento integral de la comunidad, para adaptarla a normas evolutivas avanzadas e impulsar las posibilidades de superación que llevan en su propio seno. (*Op. cit.*, p. 17).

Para entonces las misiones tienen por objetivos:

- La elevación de la economía vecinal, mediante la aplicación de la técnica moderna, a fin de lograr el incremento cualitativo y cuantitativo de la producción.
- El enaltecimiento de la familia.
- La conservación y robustecimiento de la salud individual y colectiva.
- La superación de la vida social, mediante la sana recreación.
- El cultivo de la expresión estética del vecindario y el incremento de las artes populares.
- El mejoramiento material de los poblados.
- La alfabetización funcional, como medio de superación cultural y social.
- El fortalecimiento del sentimiento cívico y patrio.

- La organización de las comunidades mediante su autodesarrollo.

En mayo de 1951, por disposición de la UNESCO, cuyo Director General era Jaime Torres Bodet, se fundó en Pátzcuaro, Michoacán, el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina, CREFAL. Por sus aulas pasan cientos de mexicanos, especialmente misioneros, que al obtener una mejor capacitación también mejoran y hacen más eficiente su labor.

En los años de la posguerra surge el concepto de «Educación Fundamental» y se establecen programas y acciones bajo su finalidad y filosofía. Este concepto hace referencia a un amplio número de actividades educativas que se concentran en cinco áreas específicas: 1) economía general de las comunidades, que comprendía: técnicas agrícolas y pecuarias, cooperativismo, crédito agrícola, etc.; 2) educación para el hogar; 3) educación para la salud; 4) teatro y recreación, y 5) conocimientos básicos. «La educación fundamental es un intento de salvar a una generación facilitándole la educación mínima que necesita para mejorar sus medios de vida, su salud, su productividad y su organización social, económica y política» (UNESCO, 1951).

Los estudiantes del CREFAL, muchos también misioneros, se llegan a encontrar en las misiones culturales realizando prácticas y llevando a cabo actividades de entrenamiento que después servirían como útil instrumento en sus prácticas educativas. Un becario del CREFAL describió la forma en que trabajaban las Misiones a principios de los años 50:

Las misiones culturales urbanas o rurales pueden actuar en forma permanente en un lugar o con tiempo limitado: en ambos casos son ayudadas por las motorizadas que destacan sus unidades o brigadas a las zonas de influencia de aquéllas, llevándoles los servicios de biblioteca, dictando conferencias que amplían los programas de los misioneros ya dichos; dándoles funciones de cine educativo, previniendo enfermedades, suministrando vacunas y verificando jiras (sic) de puro estímulo para aquellas comunidades alejadas de la civilización y la cultura y en las cuales se piensa establecer una misión (López, 1953: 39).

Es importante señalar que en el período 1952-1958

se corrigieron varias deficiencias en la composición y funcionamiento de los grupos misioneros, pues había [...] varias misiones con un sólo maestro, cuando [...] deberían componerse al menos de ocho elementos [...] Al concluir este ejercicio, laboraban sesenta misiones culturales rurales, catorce motorizadas [...] La misión cultural médica y tres cinematográficas (Santiago, 1973: 65).

VIII. EL CAMINO CONTINÚA

De los años 60 a los 90

De 1959 a 1964 se incrementa el número de misiones a 86 en el área rural, las cuales fueron dotadas de mejores equipos. Es significativo que en este tiempo se edita gran cantidad de folletos y carteles con temas de salud, civismo, agricultura, y en general temas que ayudarán a la superación del individuo y la comunidad.

Al finalizar los años 60, las Misiones Culturales dan mayor énfasis al apoyo de las campañas de alfabetización y a la atención de la población adulta. «En 1969 ya había 110 Misiones Culturales, 141 salas populares de lectura, fijas y móviles y 40 centros de educación de adultos» (Gámez, 1993: 102).

De los años de 1970 a 1978 hay importantes sucesos: se promulga la Ley General de Educación de Adultos y se crea la Dirección General de Educación de Adultos, a donde son transferidas las Misiones Culturales, que seguirán impartiendo alfabetización y educación básica de adultos, sin desatender la capacitación para el trabajo, ni la promoción del desarrollo de las comunidades rurales. Por otra parte, la UNESCO otorga el premio «Nadezda K. Kroupskaia» a las Misiones Culturales por su servicio a la educación (Septiembre, 1970).

Para 1981 se crea el Instituto Nacional para la Educación de los Adultos, por lo que las Misiones Culturales pasan a depender

de la Unidad de Centros de Educación Básica para Adultos. En 1983 las Misiones reciben un nuevo impulso con el que terminan su tránsito por los años 80.

«Actualmente existen 226 Misiones Culturales con diez elementos cada una, encargándose uno de ellos de la Educación Básica para Adultos» (Pérez, 1993).

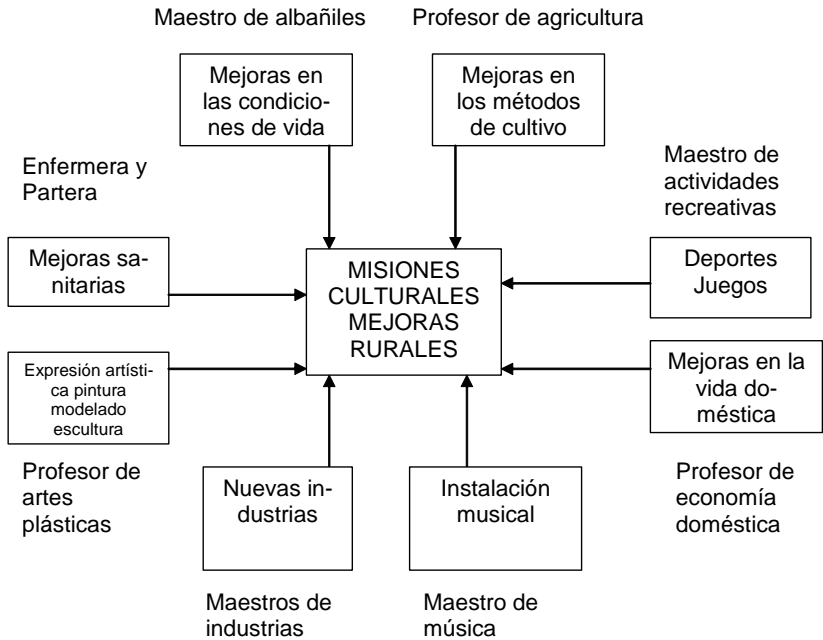
Después de más de 70 años de historia y labor educativa las Misiones Culturales, a pesar de cambios y transformaciones, hoy día continúan con el mismo espíritu y fuerza que les dio origen, como lo demuestra la siguiente información:

La función social de la Misiones Culturales, a través de la acción interdisciplinaria de los Maestros Misioneros, busca la participación de los habitantes rurales, para que analicen sus inquietudes ocasionando la superación que los transforme cultural, social, económica y políticamente con el objeto de que alcancen su desarrollo integral [...] La función social obtiene mejores resultados en el impacto entre los campesinos, valiendo más que muchos programas y proyectos a mediano o largo plazos. Tarea en la que el maestro misionero demuestra vocación y espíritu de servicio, preparación, experiencia y sensibilidad, ganándose la confianza de la gente del campo como líder y agente de cambio social, enseñando en forma práctica a los adultos a convivir con la comunidad a asimilar conocimientos, habilidades y aptitudes, y llevándolas a ser autosuficientes e independientes (Ibid., p. 105).

La escuela rural del México postrevolucionario ha dado mucha importancia al papel social del educador, para propiciar el desarrollo de la sociedad rural. En este papel del educador las Misiones Culturales han sido un valioso instrumento de intervención en la solución de los problemas educativos, económicos y sociales de los hombres y mujeres del medio rural.

Por eso, hoy en día los misioneros continúan su labor de enseñar el alfabeto, artes y oficios y continúan colaborando con las comunidades para mejorar sus condiciones de vida.

ESTRUCTURA DE UNA MISIÓN RURAL



Fuente: Las Misiones Culturales Mexicanas. Hughes Lloyd

BIBLIOGRAFÍA

CASTILLO, Isidro, La formación de los maestros rurales en Méxi-co, Traducción de The training of rural school Teachers, UNESCO, 1953.

GÁMEZ Jiménez, Luis, «Las Misiones Culturales y la Escuela Rural Mexicana», en: Educación. Revista del Consejo Nacional Técnico de la Educación, No. 47, octubre-diciembre, 1993.

HUGHES, Lloyd H., Las Misiones Culturales Mexicanas y su programa, París, UNESCO, 1951.

LÓPEZ, José Luis, «Educación Fundamental y Misiones Culturales», San Salvador, El Salvador, C.A., 1953.

ORTIZ Benítez, Lucas, «Breve información sobre las Misiones Culturales Mexicanas», CREFAL, 1952.

PÉREZ Palacios, Septimio, «Las Misiones Culturales», en: Educación. Revista *de* Consejo Nacional Técnico de la Educación, No.47, octubre-diciembre, 1993.

SANTIAGO Sierra, Augusto, Las Misiones Culturales, Secretaría de Educación Pública, 1973 (Sep/setentas, No. 113).